

VOX

DICCIONARIO GENERAL  
ILUSTRADO  
DE LA  
LENGUA ESPAÑOLA

SEGUNDA EDICIÓN

**VOX**

**DICCIONARIO GENERAL**

**ILUSTRADO**

DE LA

**LENQUA ESPAÑOLA**

PRÓLOGO DE

D. RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

SEGUNDA EDICIÓN

CORREGIDA Y NOTABLEMENTE AMPLIADA

POR

D. SAMUEL GILI GAYA

PUBLICACIONES Y EDICIONES SPES, S. A.

Paseo de Carlos I, 149

BARCELONA-13

1953

463  
p 59

VOX

DICCIONARIO GENERAL

ILUSTRADO

DE LA

LENGUA ESPAÑOLA

Copyright by Editorial Spes, 1953.

Reservados todos los derechos de adaptación y reproducción.

ILUSTRACIONES DE DANIEL LEO

Prólogo de

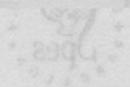
D. RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

SEGUNDA EDICIÓN

CORREGIDA Y NOTABLEMENTE AMPLIADA

VOX

D. SAMUEL GILI GAYA



140  
P29

PUBLICACIONES Y EDICIONES SPES, S. A.

Paseo de Carlos I, 149

## ÍNDICE ORGÁNICO DE ILUSTRACIONES

La selección de ilustraciones en este Diccionario ha respondido a un criterio preferentemente lingüístico. Por tal razón, el presente índice no es una clasificación sistemática de materias, sino más bien una ordenación de los cuadros e ilustraciones destinada a facilitar la consulta al lector.

### AGRICULTURA

aperos  
arado  
azada  
horea  
hoz  
trillo



siembra  
injerto

huerto  
canal  
pozo

colmena

### ARTE

prehistórico  
egipcio  
griego  
romano

bizantino  
árabe  
románico  
gótico  
renacimiento



estilos

pintura  
perspectiva  
dibujo  
grecas

### ASTRONOMÍA

astronomía

constelaciones  
zodiaco



sol  
luna  
eclipse

## BOTÁNICA

célula

embrión



raíz

tallo

brote

hoja

flor

inflorescencia

fruto

vegetales

(clasificación)

bacterias

algas

hongos

hepática

musgos

helecho

gimnospermas

cactáceas

frutales

trigo

tabaco

tintóreas

aceite

condimento

café

chocolate

té

vino

corcho

## COMUNICACIONES

camino

calle

pavimento

punto

canal

aeroplano

automóvil

bicicleta

carro

ferrocarril

caballo

arreo

brida

silla de montar

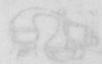
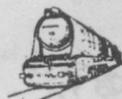
viaje

(artículos de)

## EDIFICACIÓN

arquitectura

carpintería



albañilería  
cantería

casa  
habitación  
basílica  
monumento



arco  
armadura  
ensambladura  
entarimado  
moldura  
pavimento  
ventana  
puerta  
cerradura  
chimenea

### FÍSICA, QUÍMICA Y MECÁNICA

calor  
vapor  
(máquina de)

electricidad  
magnetismo  
dínamo

mecánica  
palanca  
polea  
balanza  
torno



máquina  
engranaje  
prensa  
bomba  
motor de explosión  
alambre  
clavo  
tornillo  
calibrador

radiotelefonía  
teléfono  
radiotelegrafía  
telégrafo

luz  
fotografía  
lente

fonógrafo

laboratorio

### FISIOLOGÍA

hueso  
músculo  
piel  
glándulas  
nervios

circulación  
respiración  
digestión

cabeza



ojo  
oído  
boca  
diente  
laringe  
barba

brazo  
mano

### GEOGRAFÍA

tierra  
desierto  
montaña  
mar  
río  
volcán



meteorología  
barómetro  
termómetro  
nubes

geología  
topografía

### GEOMETRÍA

línea  
curva  
circunferencia



ángulo  
polígonos  
cuadrilátero

triángulo  
sólidos  
trigonometría

### HERÁLDICA

blasón

corona



### JUEGOS Y ESPEC- TÁCULOS

caza  
cetrería

pesca

atletismo  
gimnasia  
patín

ajedrez  
billar  
peón

teatro  
toros



### MARINA

navegación  
ancla  
embarcación



naves  
 veleros  
 aparejo  
 buque  
 puerto



### MILICIA



militar  
 armadura  
 armas blancas  
 arrojadizas  
 artillería  
 fusil

fortificación  
 castillo

### MOBILIARIO



mueble  
 arca  
 caja  
 cama  
 cortina

cocina

reloj

### MÚSICA

música  
 arco  
 (instrumentos de)

cuerda  
 (instrumentos de)  
 viento (íd., íd.)  
 percusión (íd., íd.)  
 tambor  
 piano



### PROFESIONES E INDUSTRIAS

imprenta  
 libro  
 letra  
 cerámica  
 vasija

molino  
 panadero



carda  
 hilandería  
 tejido  
 seda  
 cuerda

tonel

cirugía

curtidor

herrería

mina

metalurgia

## RELIGIÓN

catacumbas



altar

culto

cruz

ornamentos

templo

pagoda

religiosos

## USO PERSONAL

vestido

sombrero

calzado

bolsa



paraguas

abanico

peinado

joya

cesto

reloj

baño

lavabo

moneda

## ZOOLOGÍA

célula

embrión

animales

(clasificación)

protozoos

esponja

pólipos

gusanos

miriápodos

insecto

arácnidos



crustáceos

merostomas

moluscos

equinodermos

ascidia

peces

anfibios

reptiles

ave

gallináceas

zancudas

palmípedas

rapaces

palomas  
trepadoras  
prensoras  
corredoras  
pájaros

monotremas

marsupiales

mamíferos  
(clasificación)

insectívoros

carnívoros

perro

ungulados

rumiantes

bóvidos

caballo

elefante

roedores

pinnípedos

cetáceos

sirenios

desdentados

quirópteros

lemúridos

monos

fósil

## VARIOS

bandera

campana

fábula

monedas

pesos y medidas



## El Diccionario que deseamos

La agrupación del caudal léxico por orden alfabético es la más cómoda y práctica, la que mejor permite dedicar a cada palabra una breve monografía en que se integren las oportunas cuestiones etimológicas, históricas, gramaticales y semánticas, y ella suscita una observación incidental, referente a la mayor comodidad del sistema adoptado.

Sería de desear que la Academia Española, cuyo Diccionario sirve de norma a todos los demás, modificase el orden alfabético que actualmente emplea y volviese al que usó en su comienzo, en el gran Diccionario de Autoridades y en las primeras ediciones del Diccionario vulgar. En esas primeras ediciones académicas se seguía el orden estrictamente alfabético, que es el internacional; pero después, se le mezclaron consideraciones fonéticas, y se pusieron la *ch* y la *ll* como letras aparte, no simplemente como *c+h* y *l+l*. Esto va contra el uso internacional. El francés, por ejemplo, aunque da a su *ch* también un sonido propio, sin embargo la alfabetiza como *c+h*. Ahora bien, el apartarse de un uso universalmente respetado es siempre embarazoso, creando una práctica aparte de la seguida por todos, lo cual trae vacilaciones y tropiezos en el uso promiscuo de diccionarios extranjeros y nacionales, sobre todo en el manejo de los enciclopédicos, donde los nombres con *ch*, *sch* y *ll* están colocados en lugar muy diferente según sea el libro español o no lo sea. Pero además, la mezcla de alfabetismo y fonetismo en el sistema español es imperfecta. Cuervo notaba que la *rr* es sonido tan distinto de la *r* como la *ll* de la *l*, y pedía que la Academia la alfabetizase después de agotar la *r* y no como *r+r* según ahora hace; pedía cosa distinta de lo que aquí pedimos: uniformidad de procedimiento. Por otra parte, además de atender al sonido diverso con que se pronuncian dos *ll* juntas o una *c* y una *h*, no habría razón para no separar el de *c* con *a* o con *o* del de *c* con *e* o con *i*, como separaban Nebrija y Covarrubias colocando *ce ci* después de agotar las combinaciones *ca co cu*.

Pero dejemos esta cuestión de interés muy relativo.

### Los tipos de diccionario

Suele mirarse el Diccionario como una selección de aquellos elementos que en el idioma gozan de un valor general y permanente, compilación de voces autorizadas por el uso de los buenos escritores o por la mejor tradición del pueblo. Al diccionario así concebido se le ha llamado *Tesoro de la lengua*, tesoro o depósito donde se custodia el oro acuñado por el buen uso, que tiene curso legal hoy y ha de tenerlo el día de mañana. Sin embargo, como el lenguaje cambia con el continuo evolucionar la vida de un pueblo, el léxico, aun el más aferrado a la autoridad de los escritores y del buen uso del pasado, tiene que recibir mucho del lenguaje actual de los negocios y del trato diario de las gentes, si bien esto se recoge con un criterio escrupulosamente selectivo, atendiendo sólo a lo que es propio de la parte más culta de la sociedad hablante.

Pero en oposición a esos diccionarios que pudiéramos llamar de la lengua escrita, se hacen otros diccionarios que se han titulado *de la lengua hablada*, concediendo mucha más parte al habla conversacional diaria. No aspiran

a escoger, a atesorar tan sólo valores de autoridad indiscutida y duradera, sino que miran con toda atención al habla actual, procurando inventariarla toda, sin preocuparse mucho de la selección ni de lo que pueda tener, o no, condiciones para perdurar; no un léxico *tesoro*, sino un léxico *total*, menos ambicioso de pureza normativa, más afanado en el acopio de todos los bienes, sean ricos, sean de escaso valor. La necesidad de tal inventario total la sentimos a menudo; por ejemplo, cuando nos interesa entender términos desconocidos pertenecientes a profesiones o géneros de vida con que no tenemos trato frecuente y que por su corta difusión no hallaron entrada en los diccionarios selectivos, o cuando leemos algún documento del pasado o algún texto literario salpicado de alusiones a los pormenores cotidianos de otro tiempo, respecto de los cuales todos los diccionarios muestran enormes vacíos que los comentaristas más eruditos de ahora no logran llenar. El diccionario de hoy debe acudir a las múltiples necesidades del presente, y debe prever las dificultades que el lector de mañana encontrará en nuestros escritos, llenos de voces y frases no acogidas en nuestros diccionarios por estimarlas demasiado nuevas, inconscientes y efímeras. Pero ¿quién puede distinguir en el momento actual lo que es efímero de lo que se afianzará en el idioma? ¡Cuántas palabras fueron en el siglo xvii reídas como novedad repente, intolerable, que luego arraigaron hasta hoy en el habla común!

El diccionario total procura consagrarse a inventariar la lengua usada en el momento presente. Pero es muy necesario extenderlo igualmente a las épocas pasadas del idioma, formando un diccionario histórico total, sin criterio selectivo, incluyendo en él un amplio esquilmo de olvidados escritos del pasado que tienen gran interés de espontaneidad precisamente por *no ser autoridades* para un diccionario tesoro: documentos notariales, inventarios, papeles familiares, obras literarias ocasionales, de intimidad local, obras desatendidas, infortunadas (a veces acaso de mérito superior a algunas incluidas en las historias literarias), obras rematadamente malas...; en fin, también es preciso que el diccionario dedique mayor diligencia de acopio a aquellos vocablos y modos de decir más peculiares que aparecen en las obras literarias, los cuales, por raros y difíciles, sólo merecen la atención (cuando la merecen) de los comentaristas modernos dedicados a tales obras, pero no de los léxicos. Es decir, también hay que procurar en los siglos pasados la lengua hablada, que si no la podemos escuchar de viva voz, podemos sorprender algo de ella en los escritos y aprovechar su interés, tan grande como el del habla moderna, para conocer la vida del lenguaje.

En conclusión, todo lo que literariamente se escribe, como no sea una aberración puramente individual y extravagante, todo lo que se habla por una agrupación de la sociedad no totalmente inculca, debiera ser recogido en el diccionario, ora proceda del momento actual, ora venga de tiempos pasados. Pero la dificultad está en que esa doble recolección de cuanto se escribe y cuanto se habla es prácticamente imposible en esa totalidad deseada. Veamos lo que es factible.

## I. EL CAUDAL DEL DICCIONARIO

Nos sale aquí al paso una comparación. El *Diccionario* de la Academia Española calculo que no llega a tener 67.000 voces, mientras el *New English Dictionary* de Oxford publicado entre 1886-1928 contiene unas 400.000. Esta enorme diferencia revela bien la de los dos sistemas diversos de concebir el diccionario de una lengua: el Diccionario de Madrid está hecho con un criterio de selección, y el Diccionario de Oxford es un diccionario total.

Pero ¿hasta qué límite puede aumentarse el caudal del diccionario académico español en un diccionario total? ¿Esta relación de 67 a 400 es la que puede preverse? Parece excesivo tanto aumento para nuestro diccionario total, teniendo en cuenta primeramente que el inglés, lengua tan abierta a los préstamos, posee una riqueza de vocabulario muy singular. Sin embargo.

Miguel de Toro Gisbert ha reunido 2.400 vocablos para tres páginas de la letra *ch* en que la Academia no tiene sino 240, y aunque reconoce que no en todas las páginas podría decuplicar así el caudal académico, cree llegaría a formar un léxico hispánico que tuviese de 400.000 a 500.000 voces. Excedería, pues, al Diccionario de Oxford, lo que, repito, me parece muy exagerado. Desde luego, esas 2.400 palabras reunidas como muestra no podrían entrar todas en un diccionario total, como no fuese concebido con un criterio extraordinariamente amplio, pues a juzgar por una muestra de 86 voces que Toro Gisbert nos da, hay entre ellas varias que son deformaciones rústicas sin difusión, como *chumenea* y *chuminera* por «chimenea», según las cuales emularíamos con el patán que se jactaba de saber decir las cosas de tres maneras: *percuraor*, *precuraor* y *porcuraor*; muchas también de las 86 voces son nombres propios; otras son formas dudosas, y otras son simples erratas de imprenta. Por lo demás, la censura de pobreza que, fundado en esas voces de la letra *ch*, lanza el autor sobre el Diccionario académico no tiene en cuenta el doble sistema de construir un diccionario; el de la Academia es selectivo, y teniendo esto en cuenta, más bien hay que censurarle por tener la manga ancha, incluyendo multitud de localismos y arcaísmos. Para comprender esta laxitud, traemos a cuento la selección más rigurosa de la Academia Francesa, cuyo Diccionario, en su séptima edición, calculo que no llega sino a unas 36.000 voces; esta cifra es, sin duda, baja, y el *Dictionnaire général* de Hatzfeld-Darmesteter estimo que añade a esa séptima edición de la Academia Francesa unas 7.000 voces, siendo como es, a pesar del adjetivo *général* de su título, un diccionario también selectivo aunque formado con un criterio más amplio y más inteligente que el de la Academia Francesa; pero siempre resulta que la cifra del *Dictionnaire général* es inferior a la del de la Academia Española.

Tendiendo ya al diccionario total, el de la Academia Española ha sido añadido desde hace mucho por varios autores. El más competente y concienzudo de todos, Vicente Salvá, calculaba en 1845 que añadía unas 26.000 entre voces, acepciones y frases; pero por lo que hace a las voces añadidas, son en gran parte arcaísmos, y varios de ellos inaceptables por estar mal leídos. Sin la doctrina ni el cuidado de Salvá, R. J. Domínguez en 1847 dice que su Diccionario aventaja a los demás en 4.600 voces usuales y en 100.500 técnicas. Estas cifras parecen bastante caprichosas; pero, sin embargo, podemos tomarlas como una evaluación aproximada de las deficiencias observables en el diccionario común.

### Voces literarias

Lo que más seguramente se puede agregar al Diccionario académico son voces usadas en la literatura desde el siglo xvi, esto es, en la literatura que hoy todavía tiene lectores habituales. Basta recordar cuántas voces nuevas aducen el Padre Mir y Rodríguez Marín sacadas de los autores clásicos. Pero es necesario hacer una advertencia. Rodríguez Marín titula su recolección: *Dos mil quinientas voces castizas y bien autorizadas que piden lugar en nuestro léxico*, y esa cifra de 2.500 nos da también idea muy exagerada del posible incremento que el léxico académico (al cual se refiere el autor) puede recibir. Una gran parte de esos millares de voces no debe tener entrada en un diccionario selectivo, porque son neologismos sin arraigo ninguno en el idioma. Tanto Rodríguez Marín como el P. Mir participan de la creencia, muy extendida entre los eruditos, de que todo lo que se escribía en el siglo xvi era «castizo y bien autorizado»; no podían suponer ni concebir que el Padre Pineda, por ejemplo, fuese un neómano, siempre propenso, sobre todo, al neologismo morfológico *conjeturación*, *efigiación*, *retoricación*, *humejactivo*, etc.); además, muchas de tales voces quedan inexplicables e ininteligibles, y otras son manifiestas erratas (*altozar* por *alozar*, etc.); pero, con todo, los neologismos y demás voces poco autorizadas, si no caben en un léxico tesoro, caben en un léxico inventario, y las vastas lecturas de Rodri-

guez Marín y del P. Mir nos dan buena idea de lo mucho que para un diccionario total queda aún por recoger en la literatura, y eso que ellos no solían explorar sino las obras del siglo xvi y primera mitad del xvii.

El esquilmo lexicográfico de una literatura, por rica que ella sea, no es imposible dentro de los límites de lo más aprovechable. Mucho tiene hecho la Academia Española, cuyo Diccionario Histórico es de desear no sufra larga interrupción; en Colombia se trabaja para que no quede sin publicar el material preciosísimo que había reunido Rufino José Cuervo; mucho había acopiado también el Centro de Estudios Históricos para un glosario medieval y para un glosario de todos los diccionarios compuestos en los siglos xvi y xvii, dos importantes obras lexicográficas, abandonada la primera, ojalá sea por poco tiempo, y reanudada ya la publicación de la segunda. Algo también se ha hecho, aunque sea inmenso lo que falta por hacer, en el estudio léxico de la literatura moderna y contemporánea. Esperemos que estos trabajos puedan ser proseguidos y aunados; sólo mediante un conocimiento histórico de la lengua literaria bastante más extenso y preciso que el que hoy tenemos, podrá el diccionario español aspirar a un grado de perfección como el que alcanzan los diccionarios del francés y del inglés. Por ahora no tenemos noticia precisa, ni de todas las voces ni de todas las acepciones, ni de todas las construcciones de cada voz empleadas en la lengua escrita, por lo cual es muy deficiente la exposición de lo que tan a medias conocemos.

### Neologismos y arcaísmos

La primera diferencia que nos ha salido al paso entre los dos diccionarios de tipo distinto es la referente a los neologismos. El diccionario tesoro escrupuliza en la admisión de una palabra nueva, y no la recibe si no la juzga suficientemente propagada o afirmada en el uso correcto que a cada género de voces corresponde. El diccionario total debe registrar los neologismos del P. Pineda, haciendo notar que son o parecen ser formaciones particulares de él, lo mismo que debe registrar los neologismos personales de los autores modernos, sobre todo de los autores muy leídos, como Unamuno, que están siempre en potencia de propagarse. Con más razón debe incluir los muchos neologismos ya propagados que la vida moderna arrastra en su curso, aunque no sepamos si durarán o no, si están o no autorizados; voces como *locutor*, *belicista*, *preventorio*, *estraperlo*, *cinéasta*, *filmear*, *reportaje*, *baloncesto*, deben ser definidas, debe explicarse su origen, ahora que nos es conocido, y no esperar a recogerlas en el diccionario cuando ya no se sabe cuándo y cómo nacieron.

La aversión, o mejor dicho, la inatención hacia el neologismo es tan grande en la lexicografía, que frecuentemente no alcanzamos la razón de por qué omite algunos vocablos el diccionario selectivo. Si la Academia acogió hace mucho el portuguesismo *barullo*, no tiene por qué rechazar el derivado *barullero*, que también se halla en portugués (*barulheiro*), ni el otro derivado muy usual *barullón*. Si al lado de adjetivos en *-ista* aplicados sólo a persona, *sofista*, *cabalista*, *humorista*, *novelista*, se usan otros en *-ístico* con valor adjetivo general, *sofístico*, *cabalístico*, *humorístico*, *novelístico*, ¿por qué no admitir al lado de *humanista*, *humanístico*, y otros por el estilo? No tiene el español una propensión tan marcada a estos adjetivos en *-ístico* como la que en italiano ha estudiado Bruno Migliorini, pero el diccionario total debe atender al movimiento que el idioma muestra en este sentido. Como también debe atender a las alteraciones fonéticas y morfológicas que estamos presenciando sin darnos de ellas cuenta. Desde el siglo xviii la Academia registra *tembleque*, *temblequear* y *tembletear*, pero modernamente parecen abrirse camino otras formas: *tembliquear*, usada por Galdós; *temblotear*, *tembloteo*, documentadas en Méjico y en las obras de Azorín y de Unamuno; *tembloreo*, también en Galdós. Se trata, en este caso, de esas voces excitantes al neologismo, por cruce y sugestión de otras palabras, fenómeno sobre el cual el Diccionario debe proporcionar datos para el estudio

y para guiar el uso moderno, apartándolo de variaciones inútiles. Lo que más tiene que ayudar a combatir el Diccionario es el neologismo por ignorancia, frecuentísimo en autores sin instrucción del pasado, que caen en infantilidad, como la niña de que habla Campoamor:

*inventando al hablar palabras nuevas  
por no saber las viejas todavía.*

Además, el Diccionario debe ser guía, no sólo instruyendo al lector sobre las formas existentes, sino sugiriendo otras, en los casos en que por el uso muy escaso, y sólo entre personas eruditas, la iniciativa individual aun es muy poderosa. A principios de este siglo se empezó a emplear, según creo en América, el adjetivo *tribal* «lo perteneciente a la tribu»; en latín el adjetivo correspondiente es *tribuarius*, y mejor sería no decir sino *tribuario*; pero de conservar el derivado en *-al*, procederá decir *tribual*, forma en que se adjetivan todos los demás nombres pertenecientes a la declinación latina en *-u*; *espiritual, sensual, casual, manual, visual, acen-tual, ritual, actual*... ¿Cómo consentir la extravagante anomalía que supone *tribal*, formado por quien no tenía sentido ninguno del idioma?

En cuanto al arcaísmo, el diccionario general, si aspira a no ser sólo del habla presente, debe incluir las voces anticuadas, no sólo en la medida que las incluye el diccionario selectivo, sino aun más, pues debe como éste, y aun más que éste, servir para entender las obras literarias del pasado próximo, del que aun se lee en el presente.

Por lo que hace al diccionario que atiende sólo al estado actual del idioma, aunque debe eliminarse todo arcaísmo, todavía tiene que incluir aquellas voces y acepciones arcaicas que son necesarias para explicar usos modernos.

### Tecnicismo

Otro de los puntos en que más difieren el diccionario tesoro y el diccionario archivo es en lo referente a los tecnicismos. Los diccionarios selectivos son parcos en acoger los términos exclusivos de una profesión, ajenos a la lengua común, única a la que el léxico quiere servir de norma; incluyen aquellos vocablos técnicos que una persona culta no debe ignorar porque tienen algún curso fuera de la profesión especial a que sirven. Pero tal criterio es siempre muy dudoso, y dada la creciente propagación de los conocimientos científicos, el profano se ve cada día más en contacto con la lengua especial de las diversas profesiones, y no tendrá que abrir el diccionario cuando oiga decir *silla* o *tristeza*, pero sí cuando le hablen de *avitaminosis, oscilógrafo, psicoanálisis*, e innumerables términos que no figuran en el léxico selectivo y que aumentan y cambian continuamente según nuevas corrientes de estudio o nuevas modas científicas. Esta es la parte más descuidada de nuestros diccionarios, y a ese descuido responde, más que al imperfecto esquilmo de las voces literarias, la enorme diferencia de riqueza léxica que hemos indicado arriba entre el diccionario selecto y el general. Desde luego, los tecnicismos usados por un gran escritor como Rubén Darío deben ser explicados por el Diccionario, aunque algunos sean difíciles y de uso muy escaso: *cerebración, hipspila, nelumbo, isotérico*... Castelar usó *isoterismo*.

Y no sólo está desatendido el tecnicismo científico, sino el popular, el de las artes y oficios. Aun del vocabulario escenográfico, tan allegado a la literatura, se han echado de menos en el Diccionario académico multitud de voces: *apliques, arrojés, bambalinón, comodín, rastros, tramos*, etc. Incalculable es el número de palabras que de las profesiones y oficios más corrientes faltan en los léxicos. Porque hasta las ocupaciones más vulgares tienen complicados tecnicismos. Amado Alonso habla de unos 200 nombres de pelajes de animales usados por los ganaderos argentinos. Entre los pastores de la Sierra de Gredos oí una docena de nombres con que designaban las varias formas de cortadura que hacen en la oreja de las reses para dis-

tinguir las: *horcada*, *moscada* (de muesca), *cercellada* (de cercillo «pendiente»), en *cogollo*, etc.

### Barbarismo, solecismo, extranjerismo

Respecto a los vicios de lenguaje la diferencia de los dos tipos de diccionario es fundamental; el diccionario selectivo no incluye ninguna expresión viciosa, mientras el léxico total las incluye y debe incluirlas en mayor cantidad que lo acostumbrado. No sólo debe hacerse cargo, según es costumbre, de algunos defectos más corrientes entre personas medianamente educadas que tienen el habla común por habla familiar, sino incluyendo éstos en abundancia y añadiendo aquellos en que incurren hablando la lengua común las gentes que viven en comarca de señalado carácter dialectal, ya que el diccionario ha de ser guía para toda la comunidad hablante. Hay obras especiales de carácter pedagógico que tratan los «defectos de lenguaje» más comunes en Galicia, en Cataluña, lo mismo que las hay referentes a las provincias de León o de Cuenca; todas las debe tener presente el lexicógrafo.

El diccionario total no ha de ser selectivo por el silencio u omisión de lo reprochable, sino calificando la voz desde el punto de vista lingüístico, histórico y de su estimación social, yuxtaponiéndole las voces substitutivas preferibles. Ha de recoger en gran abundancia toda clase de defectos para su corrección, y por último hasta ha de tener en cuenta que hay escuelas defensoras en teoría del solecismo y del barbarismo (Baudelaire, Verlaine, Unamuno, Valle Inclán).

### Localismo

El léxico archivo debe, en la medida de lo posible, registrar todo vocablo local. El idioma español se integra mediante la incorporación de formas surgidas en los reinos de Castilla, de León, de Aragón, en los territorios mozárabes recobrados y repoblados por la reconquista, en las tierras colonizadas al otro lado del Atlántico. Cada país puso algo de su carácter en el habla común, algo de su género de vida y del ambiente en que ésta se desarrolla. De ahí el interés en recoger todos los elementos lingüísticos dispersos por toda la extensión del territorio donde el español se habla, pues todos forman parte de la lengua común, aunque no todos alcancen igual grado de difusión geográfica.

Interesan en especial aquellos localismos propios de las regiones que fonética y morfológicamente tienen más estrecha relación con la lengua común. Dada la uniformación lingüística que la reconquista operó sobre todo el centro y sur de España, uniformación mucho más antigua y más profunda que la de cualquier porción semejante de territorio en Francia o en Italia, el dialectalismo de toda esa gran región es muy leve, y el dar en ella por local una voz sólo significa, en muchos casos, la ignorancia de que se use en otras partes. Así vemos que muchas voces que se dicen provinciales de Soria o de Salamanca o de Andalucía son de uso bastante más general. Cotejando las varias redacciones del Diccionario académico, se observa frecuentemente que una palabra que en edición anterior lleva nota de provincial, aparece sin tal nota en edición posterior, porque se ha llegado a comprobar su difusión en muchas otras provincias.

Pero este interés de posible generalidad no es, naturalmente, el único que ofrecen los localismos, sino el ser elementos vivos del lenguaje que a causa de su limitación tienen que ser especialmente declarados por el Diccionario. La gran dificultad está en la escasez de vocabularios especiales de las diversas provincias. Existe un buen léxico local de Salamanca, y, sin embargo, no agota la materia; por ejemplo, no incluye el positivo *chascarro* «chascarrillo», que me salta a la vista en Unamuno, voz que sin duda perteneció al habla común antes de formarse el diminutivo y que sin duda debe de usarse todavía en otras varias provincias de España, como

se usa en América. Donde es más de lamentar la falta de estudios lexicográficos es de Castilla la Vieja; se cree que allí el habla coincide siempre con el Diccionario académico, pero en realidad lo rebasa continuamente, lo mismo en boca de los rústicos que en la de los más cultos, y es preciso en la formación del Diccionario suplir con informes inéditos la falta de estudios publicados.

La gran uniformidad de la región central de la Península se extiende, mediante la colonización, a todo el Nuevo Mundo. Las variedades léxicas en América son pequeñas, relativamente a la gran extensión del continente americano, y respecto de ellas se observa también que mucho de lo que se creía antes, o se cree ahora, peculiar de tal comarca, se halla también en otras de allá y de la Península. También se ha observado que una gran cantidad de americanismos son otros tantos arcaísmos usados antes en el habla común de España. Pero además el americanismo tiene una importancia política especial, por desarrollarse en estados independientes unos de otros y que a veces llevan vida bastante aislada. Aquí la información disponible es más abundante que en la Península, pues cada república se ha preocupado de recoger sus peculiaridades léxicas, aunque por lo común sin rigor metódico, así que es difícil poner en relación los múltiples datos allegados.

Los dialectos que tienen respecto de la lengua común alguna diferencia fonética, en especial el asturiano y el alto aragonés, no pueden incorporar todo su vocabulario al de la lengua común. El criterio que se ha de seguir es muy dudoso. El Diccionario académico, por ejemplo, admite muchos asturianismos (*caspia, esguilar, argayo, esbardo...*), pero no incluye otros muchos, aunque tienen estado literario, verbigracia en las obras de Pérez de Ayala: *enchipado, esnalar, chigre* (compárese el americanismo *chigrero*), *dientes arregañados...* y las voces empleadas en la literatura son las que primeramente debe recoger el Diccionario. De los dialectos que tienen un sistema fonético enteramente diverso de la lengua común sólo deben tomarse las voces que sus naturales intercalan más frecuentemente cuando hablan la lengua común y sobre todo cuando la escriben: los galleguismos de la Pardo Bazán o de Valle Inclán, los valencianismos de Miró, no pueden faltar. Todos estos autores de comarca dialectal hacen una labor formativa del idioma común que, aunque no sepamos en cada caso si tendrán éxito o no, es de igual carácter que la realizada en otras épocas por el riojano Gonzalo de Berceo, por el leonés autor del Libro de Alexandre o por los poetas catalanes de la corte de Alfonso V.

## II. MODO DE EXPONER EL CAUDAL LEXICO

Un diccionario que así aspira a ser tan copioso, acogiendo lo más peculiar de cada localidad a la vez que lo más general, lo platicado por las gentes más cultas entre los hablantes, lo mismo que lo que estas gentes rechazan como bárbaro, tiene que evitar el peligro de desorientación que supone el entregar al lector esa mezcla informe, ese montón alfabético de elementos lingüísticos; tiene que extremar el cuidado en exponer todo ese material bajo principios históricos, gramaticales y estilísticos guidores del uso.

### Etimología y fecha

La etimología no es una curiosidad erudita de interés puramente histórico, sino que es la base misma de la propiedad idiomática. Sólo cuando conocemos el origen de un vocablo podemos comprender el fundamento y límites de su fuerza expresiva. Por eso no basta en un diccionario indicar secamente el resultado de la investigación etimológica. Cuando la relación entre la voz etimológica y la voz derivada es oscura, por haberse perdido acepciones intermedias, es preciso aclarar esas acepciones desaparecidas, si son conocidas, o reconstruir hipotéticamente el lazo semántico que une ambos términos.